

el método" de Alejo Carpentier



De las Fiestas y Celebraciones de su tierra, Carpentier aportaría a la novela las más grandes del calendario folklórico latinoamericano: La Navidad, el Carnaval y la Semana Santa.

Todo el mundo mágico de las fiestas sagradas y paganas, tienen en el autor un acuarelista de prosa policromada, que aunque no muy extensas, constituyen páginas antológicas.

Insisto y creo no equivocarme si digo que esto está escrito desde la nostalgia: si en el país, de la niñez y adolescencia, si en el extranjero, de la tierra querida, amada profundamente, como si detrás de él lo resguardaran varias generaciones cubanas y los ancestros que poblaron las islas y le dijeron su fisonomía tan cálida, tan tremendamente humana.

El Carnaval en todo el mundo el carnaval es el disloque y el disparate, la inversión total del orden, pasando arriba lo que está abajo y lo que está abajo pasa hacia arriba, no respetando la moral cotidiana ni la autoridad de quien manda, sin cumplimiento de obligaciones que están impuestas durante el largo año que separa estos días de jolgorio con los anteriores y con los próximos, desdobladas las identidades bajo disfraces alucinantes la mayor parte de las veces. Así documenta, porque de eso se trata en realidad de una documentación de la fiesta carnavalesca, aunque éste no haya sido propósito del autor de una obra literaria:

"...Y como en Carnavales se estaba, en algarabía de comparsas, gaitas, trompetas y tambores negros, empezó la Fiesta de las Máscaras, con concursos de disfraces y carrozas de mucho ingenio, como aquellas del "Bucanero veneciano" que obtuvo especial galardón, aunque hubiese sido tremendamente difícil llevarla hasta la tribuna del Jurado, pues mal avanzaba bajo los alambres del tendido telefónico por la altura de su proa, habitada por dogueras cubiertas de lentejuelas. Oportunamente había llegado el holgorio, pues era, desde siempre, algo tan importante en la vida del país que, entregada a una catarsis multitudinaria, olvidaban las gentes cualquier adversidad o contingencia. En esos días sin operadoras, sin harina las panaderías, sin tela los niños de pecho. Se bailaba, se cantaba, se desfilaba, entregándose cada cual, olvidados de disciplinas y horarios, de compromisos o promesas, a calmar apetencias durante meses reprimidas. Desnudas andaban muchas mujeres bajo el paño del dominó. Saltaban todos el amparo de la capucha, el antifaz o la careta de baraitillo. Se cantaba, se bailaba en los parques, en las azoteas de emparrado, en los cafés tomados por asalto, se fornicaba en los altos del Observatorio Nacional, bajo el arco de los puentes, en los zaguanes ornados de imágenes santas, en las malezas de los suburbios y hasta en los attos de las iglesias se instalaban puestos de guarapo fuerte, charanda cocuy y aguardiente. Eran días de anochecer para amanecer y amanecer para anochecer, en que las cofradías tradicionales remozaban, con rajas y plumas de garza collares de hechiceros, trajes de diablos, tiburones de cartón, serpientes de resorte, hombres-gavilanes, hombres caballos, hombres tarascas, de mamarrachas auerados, viejos juegos heredados de África o de tan antiguos rituales, que sus intenciones primeras se perdían en las milenarias noches de lo aborigen".

Sin ninguna duda el carnaval, como en todo el mundo, es en esencia la fiesta pagana más importante. la fiesta que institucionaliza el pecado y que la purificación del cuerpo y del alma tendrá su cuarentena obligada para recibir gloriosamente la Semana Santa, que en toda la América Latina adquiere características trascendentes, especialmente en los países con predominio de indígena o negros en la población. Así, México, Brasil, Panamá, Guatemala, Ecuador, Perú, Bolivia el noroeste argentino, el martirologio, muerte y resurrección del Señor, son imponentemente mastos y coloridos y se asume íntegramente el dolor de la Pasión. Y donde se realizan representaciones vivientes, los asistentes asumen

las horas tremendas de las caídas y el salvajismo que acompañan los lentos pasos del que sería clavado en la Cruz, y cuando se llega a esta circunstancia, llorarán de angustia al "ver" atravesar las manos con los clavos del escarnio.

SEMANA SANTA

Carpentier ocupa algunas páginas para describir la Semana Santa que presenta similitudes y variantes con la celebración en otros países del continente:

"Y recuerda ahora aquella Semana Santa, en que las gentes de su villa habían organizado una representación colectiva, multitudinaria, del gran misterio de la Pasión, cuyo texto, manuscrito del siglo XVII se conservaba en los Archivos de la Parroquia Mayor. Durante meses y meses, las mujeres, los niños, habían guardado los papeles plateados de bombones y caramelos, para revestir con ellos los cascos y escudos de los centuriones, coleccionando crines de caballos, mulas y burros, para confeccionar las cinchas. Una cortina de terciopelo violado había servido para coser la túnica del Redentor, su cíngulo era una cuerda de henequén remojado en cocimiento de flores de oromo; la corona de espinas un ramito de arbusto llamado "pincha culebra", que crecía en un monte cercano. El Juicio había tenido lugar en el patio de la Alcaldía, donde el primer magistrado, entonces Jefe Civil hubiese accedido, sentado en la butaca roja de la Sala Capitular, a ofrecer de Pilatos. Había entregado el Hijo de Dios a los fariseos y se había lavado las manos con una jofaina japonesa, prestada por la locera de los Hermanos Suárez. Y había empezado la ascensión hacia el Calvario, entre llantos y llantos de la multitud. Una joven mendiga, simple de espíritu que creía asistir a la verdadera historia vista por ella en veinte retablos de Iglesias aldeanas, se había acercado al zapalero Miguel, que hacía de hijo de Dios pretendiendo trasladar a su hombro el pesado madero con brazos que el otro, sudoroso, ya agónico, cargaba dando traspés, vacilando, cayendo, levantándose con desgarradores gemidos, en estupendo martirio de teatro, yendo hacia la colina donde había de hacerse el simulacro de enclavamiento, rechazando a la intrusa que iba a echar a perder su magnífica actuación, Cristo había azogado hacia ella su mano izquierda, y le había dicho: "Y si me quitaras esto, quién sería yo, qué me quedaría?".

Antes y después de la Semana Santa, se suceden no pocas fiestas y celebraciones, modestas unas, grandiosas otras, para culminar en la Navidad, la fiesta mayor de la cristiandad, que también se celebra con características originales en toda América Latina, más acentuadas en los países con población negra o india, complementada con los nacimientos o pesebres, los que se arman diez o quince días antes del 25 de diciembre y perduran hasta más allá del Día de Reyes, conformando el llamado Tiempo de adoración.

EL DIA DE LOS MUERTOS

También aporta Carpentier valiosa información en su novela, sobre el Día de los Muertos, cuya celebración tiene similares actitudes por parte de la población en varios países de Latinoamérica, especialmente con el noroeste argentino, México, Bolivia y Perú

"Pronto se abrirá noviembre - el noviembre nuestro - con la Fiesta de los Muertos, y los cementerios se transformarán en ferias y verbenas, con faroleros adornos de tumba a tumba, organillos a los cuatro vientos, guitarras sobre las tapas de los difuntos, maracas, clarinetes y changangos junto a la capilla del tendido, con cholos desflorados entre las coronas marchitas de un reciente sepelio. Muerto de azúcar candi, muertos de crocante rosado, muertos-calaveras- de caramelo, de mazapán de pasta de ajonjolí, entre palas de cavadores y correas de sepultureros, entre ataúdes, urnas, bronce de buen alarde y retratos de abuelo de militares, frantíos, endomingados, tras de cristales ovalados, empañados por rocíos y lluvias. Y llegarán también los que vendían esqueletos bailadores, coronados, enmascarados, ranchisterados enquejados, paseando su Danza macabra, de cenotafios a cruces, al grito de "Muertecito para su niño", que en tal día era llamado al regocijo, el aguardiente y el sobado. Y los diálogos que se entablaban, y las charanzas, que volaba, y las porfías, de cruz a cruz, de ángel a ángel, de epitafio, a epitafio. "Ah, mi compadre! ¡Qué feliz con su muertito!". "¡Ah mi compadre, y qué vagabundo y qué cabrón era el suyo!". "Eso se llama mi compadre, es que se tiró a su abuelita. ¡Vaya a saber mi compadre, quién se tiró a quién".

CONCLUSIONES

El libro. El recuerdo del método, lo hemos analizado exclusivamente desde la óptica de la literatura folklórica. Más claramente, destacado y resaltado la inserción en el texto de distintos elementos folklóricos, reelaborados en su mayor parte, muchos de los cuales, sin duda tendrán hoy sólo validez histórica. Por lo tanto no enfocamos, pues no es de nuestra competencia, las características y validez literaria del texto, lo cual corresponde a otros especialistas y a ellos está reservado.

Llamamos la atención sobre la multiplicidad de fenómenos folklóricos presentes en la obra, lo que permite tener una visión integral de la tradicionalidad cubana, dándole además o mejor dicho, contribuyendo a resaltar la identidad nacional del país.

En comparación con otros autores que hemos estudiado, como Gallegos, Roa Bastos, Gutiérrez, García Márquez, y otros, diremos que la obra se encuentra en paralelo con las de los autores mencionados. Es como si una conciencia clara, firme y concreta, adorara taxativamente para mostrar a través de la diversidad de escenarios geográficos y humanos, unidad en el pensamiento de los grandes escritores latinoamericanos, cuyas obras tienen raíz y fundamento especial, tanto en la creación pura como en la recreación.

FIN

FELIX COLUCCIO. Maestro, escritor y folclorólogo argentino contemporáneo.